



PEDRO ANTONIO DE ALARCON

LAS NOVELAS LARGAS

1

Ideas sociales y religiosas de Alarcon.

No pasan de tres las novelas largas y de empeño que Alarcon nos ha legado: *El Escándalo*, *El Niño de la bola*, *La Pródiga*. Por el mismo orden en que las cito se publicaron, siendo discutidísimas, sobre todo la primera, que sería la más comentada y ruidosa de las novelas modernas, á no existir en el mundo *Pequeñeces*, del Padre Coloma.

De las producciones *serias* de Alarcon, lo mismo que de toda obra literaria, cabe hacer la crítica por tres maneras: *formal*, ó referente al estilo, lenguaje, interés y arte de la narración; *esencial* ó referen-

te al fondo, intención, pensamiento y trascendencia; y *armónica*, ó que abarque y reuna ambos aspectos en uno solo, el valor absoluto del libro. Acaso, para este último procedimiento, no estamos todavía lo bastante lejos de Alarcon, ni podemos juzgar con toda la frialdad necesaria lides en que hemos terciado y cuyo polvo aún enturbia la atmósfera. Quede, pues, á cargo del porvenir el juicio definitivo sobre el puesto que corresponde, en las gloriosas milicias de la novela española, á esos tres libros, de los cuales voy á hablar como se habla de un adversario que tal vez inspire, á los que le combatimos, mayor suma de estimación y admiración que á sus propios aliados egoistas.

Y cuenta que al apuntarme en el número de los adversarios de Alarcon, me parece que estampo una inexactitud, ó que, por lo menos, necesito, para que se me entienda, añadir aclaraciones. No soy adversaria de Alarcon por prevención contra la escuela á que se afilió tan resueltamente, ni por apego á la contraria.

Todo el que lea mis ensayos críticos comprenderá que ni soy idealista, ni realista, ni naturalista, sino ecléctica. Mi cerebro es *redondo*, y debo á Dios la suerte de poder recrearme con todo lo bueno y bello de todas las épocas y estilos.

Conozco, eso sí, que no todo estilo es de todo tiempo, y que si hay leyes estables de hermosura, la más fija es la que impone á la producción artística el carácter supremo del *momento humano*—perdónese la frase—en que fué concebida y ejecutada.—Ni otra cosa dije en *La cuestión palpitante*, ni otra cosa diré en el caso muy improbable de que cien años viva....

Lo que me obligó á caminar en sentido contrario á Alarcon, no fué su escuela, sino la *ocasión y modo* que de abogar por esa escuela tuvo el ilustre guadijeño. La primera me pareció inoportuna; el segundo, inconsiderado; y más semejante á declamación que á alegato literario franco y serio. Ya iré justificando estas dos apreciaciones: pero ante todo, y por-

que no se crea que me jacto de matar moros sin haberles visto ni el turbante, cumple que advierta que no intervenga sino *a posteriori* en las polémicas suscitadas por la actitud de Alarcon, y que no me corresponde tanto alguno de culpa en su apartamiento de las letras. Consistió esto en que yo soy, literariamente hablando, de los escritores españoles más jóvenes ó más recientes entre los que gozan algún renombre y tienen público que los lea. Tan no pertenezco ni á la última época de Alarcon, que en 1875, cuando se publicó *El Escándalo*, yo no soñaba en dar á luz libro alguno, ni había pagado más tributo á las letras que versos y artículos trasconejados, en humildes periódicos de provincia. Hasta 1877 no se imprimió mi primer trabajo en prosa y primer estudio crítico (si tal nombre merece), que fué el de las obras de Feijóo, y que apenas me sacó de la obscuridad á la penumbra; y hasta 1882 ó 1883 no envié á *La Época* mis cartas sobre *La cuestión palpitante*...., es decir, dos años después de la aparición

de *La Pródiga*, que fué el acontecimiento que determinó á Alarcon á cortarse la coleta. No va, pues, conmigo, ni de lado, ni de frente, aquella diatriba tan briosa en la forma como despreciativa en la intención, que figura en la *Historia de mis libros*, capítulo de *El Escándalo*, y donde hay párrafos de este calibre: «¿Por qué ha de permitirse condenar las obras ajenas á cualquier estudiantón grosero y cursi, metido á crítico, que no sabe luego compaginar ni hacer legibles sus propias creaciones, y se nos ha de negar el dulce derecho de llamarle tonto, y descortés, y atrevido, y hasta desaseado, á nosotros los que, cuando menos, hemos acertado siempre á escribir lo que nos propusimos, bueno ó malo, tuerto ó derecho, y solemos ser leídos de un tirón y con gusto por los hombres de bien, por las personas de clase, por las mujeres sanas y limpias y por los maestros de la verdadera literatura?»

La clientela escogida de lectores de que Alarcon se preciaba, tenía en rea-

lidad, compuesta, si no precisamente de «hombres de bien» ni de «mujeres sanas y limpias», — lo cual no pasa de graciosa baladronada de un autor, — por lo menos de individuos de las clases conservadoras, reforzadas por todas las demás que en España leen. Al aplacarse la tormenta de la revolución de Septiembre, quedó en los espíritus un fondo de aspiraciones, — protesta contra los alardes irreligiosos, reacción sentimental cuasi-católica, restauración monárquica, orden y paz, — que reclamaba su expresión literaria, y la encontró en Alarcon, persona la más á propósito para el caso, porque no era el retrógrado cerrado, riguroso y convencido, sino un hombre cuyo estado psíquico é intelectual coincidía, engranaba con el de España, que se refugiaba herida, desengañada, harta de blasfemias y motines, en el término medio de una política restauradora, ni hostil ni realmente adicta á la Iglesia.

Las etapas del camino de Alarcon son naturales y graduadas, á pesar del asom-

bro con que las notaba Revilla. Bohemio que luchó, si no precisamente con la horrible adversidad, al menos con la obscuridad de un nombre desconocido, mientras la imaginación le fingía palacios, hurfes, viajes fantásticos á países de ensueño y multitudes delirantes que aclamaban su gloria, — fué, en ese período dificultoso, un sublevado, enemigo de la sociedad. Al paso que ésta le abrió sus puertas; que le acarició la fama; que la *high life* y los magnates de la política le halagaron; que, en suma, se le hizo justicia, parecióle que el mundo se volvía justo — ilusión de óptica, tan disculpable como frecuente. — Admitido en la Academia Española — él, el periodista empecatado de *El Látigo*, — dióse ya por alistado para siempre en la plana mayor del ejército del orden social y de la literatura morigerada y honesta. Su sagaz instinto literario de autor favorito y mimado del público, le decía, además, que la hora era propicia, y que habían vuelto á ponerse á flote, hasta cierto punto, muchas cosas

que la Revolución pretendió echar á pique.

Pudo tal metamórfosis de Alarcon despistar á Revilla, y hacerle prorrumpir en expresiones como estas: «¿Qué nube caliginosa obscurecía la clara inteligencia y el corazón apasionado y generoso de Alarcon?... El impetuoso soldado de la libertad, el generoso espíritu sediento de progreso, aparecía convertido en colaborador de la obra tenebrosa que intenta consumir el ultramontanismo...», etcétera, etcétera. — Á quien no engañó la túnica de neófito de Alarcon, fué á su biógrafo D. Mariano Catalina, persona más concedora de la esencia de lo que Revilla llamaba «ultramontanismo». «La tendencia espiritualista de este discurso», (escribe Catalina refiriéndose al de *La moral en el arte*), «y el espíritu moral y religioso de su novela *El Escándalo*, fué pretexto, ya que no razón, para que algunos críticos trataran á Alarcon de ultramontano, cuando en realidad dista todavía mucho de esta doctrina, que represen-

ta sencillamente, á nuestro juicio, la integridad del catolicismo.»

Acertaba Catalina. Con todos sus alardes de fe y espiritualismo, Alarcon no era trigo limpio para los verdaderos ultramontanos. Influido por la marcha política de España, allí donde España se detuvo, allí paró el autor de *El Escándalo*. Y España se detuvo en la solución liberal-conservadora, análoga al *juste milieu* francés, que toma la religión como recurso gubernativo y fórmula conciliadora, bajo cuyo amparo duerme el escepticismo, guardando estrictamente las apariencias.—Alarcon personificaba, en la amena literatura, el espíritu conservador.

En realidad, Alarcon carecía del temple de los creyentes á puño cerrado, y tampoco era de los que, como el ilustre marqués de Valdegamas, saben luchar á brazo partido contra sí propios, y emplear la razón en defenderse del racionalismo. Negar el gran principio teleológico en que descansa el orden moral,—la idea de una causa primera,—era, para Alarcon, *dar*

malas noticias, y estas noticias, si las podían saber los iniciados, de ningún modo convenía que llegasen á oídos del vulgo.

Si no tengo á Alarcon por sincero y profundo creyente, tampoco le conceptúo incrédulo. Su estado normal debió de ser el que expresa cierto párrafo de un escrito suyo, dirigido á un hombre mucho más religioso, Castelar: «Yo, Emilio, no vivo en el mundo que has querido iluminar con tu obra; yo no tengo *a priori* simpatías ni antipatías históricas ó historiales; yo no pertenezco á ninguna escuela filosófica ni política; yo no creo ni dejo de creer en esos criterios fatales ó providenciales, de penitencia ó de progreso indefinido, que á muchos os hacen ver la historia como un poema con unidad de acción....» Este es el Alarcon verdadero, con su indiferencia por todo lo que no sea vida imaginativa y artística. El otro, el contrahecho, el pintado, fué el que nos entregó la Restauración—que por compensación justa habia de suscitar también al Padre Coloma.

Si pudiésemos fiar en el testimonio de Valera, que propende á no entregar al público el doble fondo de su pensamiento, diríamos que Alarcon fué un convertido de verdad. En páginas recientísimas escribe Valera estos renglones: «Alarcon hubo de llegar al límite extremo del descreimiento, y, como Pascal y como otros pensadores escépticos y algo pesimistas, se alzó desde allí á la serena y saludable región de la más viva y ardiente fe religiosa. Y esto fué con todo el ímpetu y con toda la energía de su alma, y con cierto atrevido candor que antes había aplicado á fines profanos y vulgares.» No concibo que el autor de *Pepita Jiménez* compare de buena fe á Pascal con Alarcon; á un hombre intenso y hondo en sus ideas hasta el fanatismo, con otro impresionable hasta la superficialidad. Ni llevo á convencerme de que Alarcon se alzase á la región de la más viva y ardiente fe religiosa, ni tampoco creo que fuesen fruto de arraigada impiedad aquellos versos satánicos y feroces,

aquellos alardes que cita el mismo Valera, aquel *Concordato* entre el diablo y Dios, donde se incluían cláusulas de este género:

«Todos los intereses ya creados
respetará el Señor, y los placeres
á que el *Otro* nos tiene acostumbrados.»

Era indispensable esta digresión sobre las ideas religiosas del autor de *El Escándalo*: sin ella no podríamos examinar las novelas largas de Alarcon, *El Escándalo*, *El Niño de la Bola* y *la Pródiga*.

II

El Escándalo.

Aunque puesto á la venta en el peor momento para su éxito de librería,—el 1.º de Julio,—*El Escándalo* explotó como una bomba, y fué uno de esos advenimientos literarios llamados á dejar memoria larga. En las conversaciones, en la prensa, en las discusiones del Ateneo, reinó *El Escándalo*, eclipsando con su ruidosa

aparición, no sólo á cuanto por entonces llevaba publicado Galdós, sino á la seductora *Pepita Jiménez*, y no hay que decir si á *Las Ilusiones del doctor Faustino*, obra publicada casi al mismo tiempo que *El Escándalo*, y por la cual debió de adquirir Valera aquella convicción que expresa con cierta melancolía en la dedicatoria de otro libro, diciendo: «Nunca seré escritor popular.» Alarcon pudo entonces creer afianzada en sus sienas la corona de la novela española.... Revilla se la había adjudicado, en un párrafo entusiasta.

Dejemos al mismo crítico que nos refiera el asunto de la memorable novela. «El protagonista de *El Escándalo*, audaz y desatentado calavera que ha escandalizado al mundo con sus extravíos, llega al cabo á arrepentirse de ellos, merced al benéfico influjo de un amor ideal y puro. Y cuando la fortuna le sonrío, cuando la rehabilitación le espera, cuando va á ser al cabo honrado y feliz, una horrible calumnia levantada contra él por el despe-

cho de una mujer indigna, — calumnia de que no puede defenderse, tanto porque las apariencias le condenan, como porque su pasada conducta la hace verosímil, — lo pone al borde del abismo, y está á punto de hacerle perder todos sus bienes y esperanzas, salvándose solamente merced á una serie de heroicos y dolorosos sacrificios, sin los cuales le fuera imposible toda justificación.»

Hay que añadir que el calavera se llama Fabián Conde, y es hijo de cierto General Fernández de Lara, conde de la Umbría, el cual mandaba una plaza fuerte cercada y asediada por los carlistas durante la primer guerra civil. Enamorado y correspondido de la esposa del Jefe político ó Gobernador, como diríamos hoy, el General Fernández de Lara hacia dormir fuera de casa al esposo, á fin de pasar las horas de la noche al lado de su dama. Descubre la secreta historia el Jefe político, y para vengarse trama un enredo tan hábil, que el General no sólo muere á manos del enemigo, sino queda infama-

do con la nota de traición, apareciendo como resuelto á entregar por dinero la plaza. — Declarado traidor á la patria, embargados sus bienes, cancelados sus títulos, su hijo se cria teniendo que ocultar un nombre tiznado con la peor afrenta, hasta el día en que vuelve de América el cómplice del vengativo esposo á enterar á Fabián de la verdadera historia, y poner en sus manos la prueba que ha de rehabilitarle y reintegrarle en sus honores, riquezas y preeminencias sociales. — En este episodio de la novela hay algo muy singular, que ningún crítico ha reparado, que yo sepa, y demuestra que Alarcon distaba tanto de ser ultramontano, como de hallarse versado en los casos más sencillos de la teología moral; — los que se pueden resolver solamente con el auxilio del Lárraga... y del sentido común. — El punto merece que le consagremos algunas líneas.

Al recibir al antiguo cómplice del enemigo de su padre, y oír de su boca la propuesta de restaurar honra y fama del

conde de la Umbría, parece que cualquier hijo diría á boca llena: «¡Ahora mismo, ahora, sin más dilación, firmo yo la petición al Senado, y cien peticiones que vengan, con tal de que mi padre recobre el honor, y de rechazo lo recobre yo también y pueda usar mi verdadero nombre y disfrutar mi estado social verdadero!» Pues bien: el hijo del General Fernández de Lara procede de otro modo: aplaza la solución y consulta el problema (como si tal problema hubiese) á sus dos amigos Lázaro y Diego. El primero — en quien Alarcon quiso personificar la ética del catolicismo — resuelve de plano que no ha lugar á la rehabilitación del General, porque, si bien es verdad que nunca soñó en vender la plaza y murió siendo modelo de militar pundonor y bizarría, como si no traicionó á la Patria vendió á la Familia, simbolizada por el Jefe político á cuya esposa cortejaba, bien puesta está la nota de traición, y el General, en justo castigo de sus devaneos, debe quedar infamado por los siglos de

los siglos, amén.—Diego, el otro amigo de Fabián, sale de sus casillas al oír la opinión de Lázaro, y aconseja al hijo del conde de la Umbría que rehabilite á su padre y entre en posesión de su herencia; consejo que sigue Fabián, no sin romper amistades con el riguroso consejero Lázaro.

Rico y noble ya, Fabián lleva existencia alegre y disipada, hasta el día en que prendado, con toda la pureza y sublimidad del amor verdadero, de una hermosa é inocente niña aragonesa, decide renunciar á sus ligerezas de mozo y casarse. La calumnia de una mujer envidiosa y malvada deshace el edificio de su dicha, y vese en pocas horas rechazado por su amada Gabriela, perseguido de muerte por su amigo Diego, y amenazado de la difamación, la deshonra y el escarnio público.

En tan amargo trance, Fabián, aunque incrédulo, corre á desahogar sus penas, á pedir ayuda, consejo, consuelo, al Jesuíta Padre Manrique, confesor de la

aristocracia y varón de gran prudencia y santidad. Á fin de que el Padre pueda darle luz, Fabián refiere su historia punto por punto, sin olvidar el episodio de la muerte, descrédito y rehabilitación de su padre. Y aquí entra lo raro. El Jesuíta declara que Lázaro tenía razón; que hablaba como un sabio, y «hasta como un santo» al aconsejar á Fabián que dejase en tal estado las cosas, y que Fabián había procedido mal, con egoísmo, al vindicar á su padre y recobrar sus bienes.

Desde la primera vez que leí *El Escándalo* (y hace ya bastantes años), me sorprendió en el Padre Manrique semejante doctrina. Poco se me alcanzaba de moral católica, pero eso poco, y la opinión del capellán que teníamos en la Granja de Meirás y era muy dado á aquilatar casos de conciencia, bastaban para hacerme creer que Alarcon atribuía al Padre Manrique opiniones nada ortodoxas. Después he consultado á varios teólogos muy calificados, cuyos nombres poseo licencia para hacer públicos, y sin

discrepar dijeron lo que yo suponía. No sólo tenía derecho el hijo á restaurar la honra de su padre, sino hasta piadoso deber de hacerlo, y de *ocultar* (contra el dictamen de Lázaro) la *verdadera historia* de la muerte del General. Y para esto hay varias razones, así de justicia como de conveniencia. En primer lugar, no podía constarle á Fabián Conde que el Jefe político, al sospechar el adulterio de su esposa y del conde de la Umbría, no fuese presa de celos infundados. Delitos y pecados del género del que castigó cruelmente el Jefe político, son por su misma naturaleza tan secretos y difíciles de comprobar, que aun con el testimonio de apariencias muy significativas, es bien arduo el afirmar su existencia. Y, menos que nadie, estaba obligado el hijo á creer de su padre tal yerro. Pero aun suponiendo que lo creyese, no podía aceptar un castigo extraordinario, sólo correspondiente á crímenes de otro orden distinto, y socialmente mucho más graves, como que infaman, mientras los otros, á lo

sumo, acarrean alguna leve censura. De cien Generales españoles, probablemente ochenta incurrirán en el extravío de desear la mujer de su prójimo, sin que por eso se les considere felones y traidores; en cambio, tal vez no habrá uno solo de esos cien Generales capaz de vender por oro la plaza fuerte confiada á su defensa. La expiación impuesta al conde de la Umbría, era, pues, desproporcionada y sin conexión con su falta, dado caso que semejante falta existiese; era una maraña vil, que el hijo estaba obligado á romper, tanto más cuanto que el Conde había pagado ya al Jefe político vida por honra, y ni los mismos autores dramáticos del siglo xvii, tan puntillosos en casos de honor conyugal, han exigido desagravios semejantes, contentándose con pedir... á *secreto agravio*, *secreta venganza*.

Todas estas razones, y otras muchas de carácter más doctrinal, que sería fastidioso alegar aquí, me expusieron los respetables teólogos para demostrar que la sentencia atribuida por Alarcon al Padre

Manrique, no la pudo pronunciar sino algún jansenista, algún krausista como el de *O locura ó santidad*, ó algún nihilista como el conde Tolstoy, abogado del famoso principio de *no resistir al mal*. La moral católica interpretada por los Jesuitas, sin propender á la relajación que Pascal le imputa, no tiene la rigidez absurda y fiera que de los solitarios de Port-Royal predicaban; pero Alarcon cambió los frenos, y los consejos de Lázaro, aprobados por el Padre Manrique, más parecen fruto de una lectura de *Las Provinciales*, que de las enseñanzas de ningún Jesuíta sensato y docto.

Lo curioso es que la crítica de ambos bandos, la neo-católica y la racionalista, la del *arte docente* y la *del arte por el arte*, tragarón con la misma fe el anzuelo, y *El Escándalo* fué defendido y atacado como expresión de la doctrina católica en general y en particular jesuítica. Así se prueba una vez más cuán conveniente sea el estudio de la Teología, hasta para el cultivo de la crítica literaria.

Descartando el peregrino error en que se basa el asunto, la idea de *El Escándalo* es hermosa y profunda, ya que no nueva. «Quien hoya cava, en ella caerá» dice la Biblia, y eso mismo afirma *El Escándalo*. El que un día y otro día provoca con sus acciones la pública reprobación, es tarde ó temprano asfixiado por la atmósfera de tempestad que formará. Jurará y no será creído; querrá enmendarse, y se le cerrarán los caminos de la enmienda. El caso de Don Juan Tenorio arrodillado á los pies del Comendador, pidiendo con lágrimas del alma la mano salvadora de Inés, y detenido á la puerta del cielo por la diestra implacable del *escándalo*....

Si del contenido ó esencia de la obra pasamos á su parte formal, no sólo en lo que se refiere á la vestidura,— el lenguaje y el estilo,— sino en algo más íntimo, que revela más al artista, reconocemos que *El Escándalo* merece vivir, y que no sin razón la calificó Revilla de *acontecimiento literario*. Los caracte-

res,—entre los cuales descuellan el de Diego, el *formidable amigo*, y el de su esposa Gregoria,—no son todos igualmente verdaderos: hay mucho convencionalismo en Gabriela, en Lázaro, en el Padre Manrique, en el propio Fabián: pero ¡hasta qué punto brilla y se ostenta en *El Escándalo* la gran cualidad de Alarcon, el arte de narrar y componer como nadie!

No consiste el arte del narrador delicado en despertar el interés é irritar la curiosidad del lector para que continúe y vuelva febrilmente las páginas, hasta encontrar en la última la clave del enigma. Esto es el *abc*, por decirlo así, y en esto descollaron escritores como Alejandro Dumas padre, que ni son ni serán nunca *clásicos*, en el sentido amplio y humanísimo que debe tener la palabra. El arte de narrar de Alarcon es del género fino y exquisito: fúndase en el *gusto*, en la sazón y condimento, en el equilibrio y armonía; es una resultante de la sabia combinación de distintos ele-

mentos literarios: propiedad, limpieza y naturalidad del lenguaje, soltura y energía del estilo (que á veces llega á una intensidad pasmosa, como en el diálogo de Fabián y Diego en el cafetucho de *Daoiz y Velarde*); sobriedad en la descripción (véase la de Gabriela, página 119), y gran fuerza dramática. Por esta fusión de méritos, y no por amontonar sucesos y atropellar lances de amor y fortuna, interesa *El Escándalo*, lo mismo hoy que cuando se escribió. Su tesis y su moral estoica pueden ser discutibles: su belleza es indudable, y sólo mostrándose vence, como Friné.

Con esto pudiera darse por satisfecho Alarcon, y llevar en paciencia á los censores, consecuencia prevista de la resonancia de una obra y la gloria de un nombre. Mas no se lo permitía su fogoso natural, y por la diatriba que en la *Historia de mis libros* corresponde al *Escándalo*, se ve cuánto le escocían las objeciones de la crítica.